

**Juan de El Morro**



## «Existe un dueño para cada laguna..., para cada río.

### **Toda corriente de agua tiene su dueño. De que existe, existe, y aquí en la represa Juan de El Morro es el apoderado.»**

GUADALUPE VÁSQUEZ

La leyenda de Juan de El Morro nace en San Rafael de Onoto, población que fue fundada en 1726 con doscientos sesenta indios, entre otomacos, guaranaos y guamos, por los misioneros fray Bartolomé de San Miguel y Salvador de Cádiz. Buscando el origen de las misteriosas narraciones alrededor de este personaje, que parecen arrancadas de las páginas de la *Ilíada* o de cualquier otra obra de la mitología griega, con sus personajes increíbles, sus sentencias y castigos, Tomás Villegas y yo nos encontramos camino de El Morro con José Ramón Pérez, nuestro primer informante.

#### **JOSÉ RAMÓN PÉREZ**

51 años

Para el año 1954 aproximadamente, en este espacio abierto que usted ve ahí no estaba la represa de Las Majaguas, sino que eso eran dos posesiones bien grandes, una de Abelardo Hernández y la otra, donde hoy está la represa, era de Juan de El Morro. Este personaje, según cuentan, nació no se sabe cuándo en estas tierras de El Morro. El general Marcos Pérez Jiménez se propuso hacer en este sector la represa de Las Majaguas para resolver el problema del déficit de agua existente en esa zona agrícola. Como para esta fecha supuestamente ya Juan de El Morro había muerto y su espíritu vagaba por toda su posesión, empezaron a ocurrir acontecimientos difíciles de explicar, tales como muertes repentinas de los obreros que cortaban los árboles, derrumbes, árboles que caían inesperadamente triturando a los trabajadores, muertes por mordeduras de serpientes, obreros que desaparecían camino de su casa a la represa sin dejar ningún rastro, algunos que se perdían en esa misma montaña, otros que se ahogaban. Una tarde como a las seis, Juan de El Morro se le presentó a Martín Alvarado, habitante de La Esperanza, le pidió chimó y le dijo: No me corten la madera porque esa me pertenece. Este es mi dominio. Y desapareció.

José Ramón lo describe como un anciano mal vestido, pantalón beige a media pierna y franela blanca de liencillo manchada con escupitajos de chimó, con alpargatas rayadas y un morral en el hombro. Él también nos refirió que en la década de los cincuenta era muy común oír hablar de este personaje en Agua Blanca, San Rafael de Onoto, El Morro, La Esperanza y en otras regiones de donde venían los pescadores, quienes ofrecían parte de la pesca al espíritu de Juan de El Morro con tal de que les permitiera sacar una buena porción de peces. Son muchos los que aseguran haberlo visto con su morral, en posición muy humilde, sentado sobre una piedra junto a la represa, pues su posesión quedó bajo esas aguas junto con los caseríos El Limón, El Fraile, Majaguas, El Hato y La Yaguara.

Continuando con la búsqueda nos trasladamos al caserío La Esperanza. En la entrada del poblado nos sorprendió encontrarnos con un cementerio donde reposan unas treinta tumbas con sus respectivas cruces y trabajos en granito, mármol o cemento; algunas otras mostraban el característico «lomo de perro», que se hace recogiendo la tierra que sobra después enterrar al muerto para formar un camellón donde se coloca la cruz. Indagamos sobre el particular y nos informaron que no es un cementerio lo que allí existe, sino la concentración de los rosarios de los difuntos. El señor Antero Calles nos explicó el asunto.

### ANTERO CALLES

Hace muchos años se acostumbraba que a todos los difuntos se les sacaba el rosario para la calle, pero hoy en día son pocas las familias que aún conservan esa tradición. La cuestión consiste en que al celebrar la última noche o final de la novena, a las doce de noche, al rezar el último rosario, el rezandero (que debe ser hombre) sale de la casa llevando una cruz de madera, hierro o cemento con el nombre del difunto. A este lo acompañan todos los hombres asistentes, llevando cada uno una vela encendida. En la casa deben quedarse únicamente las mujeres, ancianos y niños. Todos deben llorar al ver salir la procesión. El rezandero avanza con su séquito por el mismo camino por donde llevaron al muerto<sup>10</sup>. Al llegar al sitio donde termina el rosario se debe clavar la cruz en la orilla derecha del camino y regresar, caminando de espalda, nuevamente hacia la casa del difunto. Se cree que si el rezandero o alguno de los «rosarieros» dan la espalda a la cruz, el muerto se puede regresar con el grupo y comenzará a penar; es decir, a salir y a asustar. Cuando la gente regresa a la casa ya los familiares pueden sacar del cuarto del muerto la vela y el vaso de agua que debieron colocar en este recinto desde el día de su muerte y proceder a ocuparlo.

10

Esto explica por qué el supuesto cementerio está a la entrada del poblado, ya que esta comunidad entierra a sus dolientes en San Rafael de Onoto.

En el caserío Los Tanques, jurisdicción del municipio Araure, aún se conserva esta costumbre. Es importante dejar constancia de ello porque esta tradición de nuestros antepasados, que tiende a desaparecer, debe ser conservada como parte de nuestra cultura.

### TOMÁS ARELLANA

*Pescador de La Esperanza*

Juan de El Morro es un espíritu que puede hacer bien, pero puede hacer mal también, depende para lo que se busque. Yo pasé un susto muy grande, creo que obra de ese personaje, aquí mismo en la represa de Las Majaguas. Una tarde, como a las cinco, ya mi hermano y yo habíamos terminado de pescar, habíamos hallado bastante pesca: lebranches, bagres, pargos, bocachicos, viejitas, coporos... Ya nos íbamos, cuando un muchacho llamado Félix, que vivía cerca de mi casa y que se ahogó aquí en la represa, salió del agua y nos dijo: Espérenme para irme con ustedes, yo voy a ver si consigo un pargo blanco que acabo de ver junto a la pata de aquel palo, y señaló hacia la represa<sup>11</sup>. El muchacho se zambulló en el agua y viendo yo que pasaba el tiempo y no salía le dije a mi hermano: Voy a ver qué pasó, y me eché un clavado. Cuando llegué al fondo solo sentí un ruido muy feo y vi que venía una avalancha de piedras por debajo del agua. Sacando fuerzas nadé hacia arriba y cuando salí mi hermano me estaba llamando desesperado: ¡Tomás... Tomás... Tomás! Mi hermano me abrazó y me dijo: Tomás, yo vi algo muy horrible, una ola se levantó del tamaño de una casa, y yo le conté lo que vi en el fondo de la represa. Esperamos la salida del muchacho y este no salió más.

11

Dentro de la represa pueden observarse algunos árboles sumergidos.

Nosotros fuimos al pueblo a pedir ayuda y vinieron los buzos, o sea, gente que sabe nadar, y ellos testimoniaron que vieron al muchacho en la pata del palo donde él nos dijo que había visto el pargo blanco, que estaba agachado con los ojos abiertos y que aún apuntaba con el arpón como si estuviera viendo la presa. Los buzos, que eran bien valientes, no se atrevieron a sacar ese muerto.

Don Pancho García, un anciano que ha vivido desde siempre en los alrededores, nos contó que antes de que el gobierno hiciera la majestuosa represa de Las Majaguas, él conoció en ese mismo sitio una laguna llamada La Cañada donde vio una vez, como a las seis de la tarde, una culebra de unos doce metros de largo y un grosor aproximado de ochenta centímetros. La laguna fue absorbida por la represa y se cree que esa culebra sigue adentro y es la que «encanta» a los que no acatan las leyes de Juan de El Morro. Muchas personas dicen haberla visto y cuentan que es como un monstruo por lo grande y escamosa.

Guadalupe Vásquez, de 72 años, nos recibió con mucho entusiasmo y concertó con nosotros una nueva visita para asistir al Palacio de Juan de El Morro, ubicado detrás del cerro de El Morro. El señor Guadalupe nos pidió que lleváramos un litro de aguardiente, chimó, tabacos y velas. Cumplimos con el compromiso adquirido y volvimos nuevamente a La Esperanza, era un día viernes. Don Guadalupe nos llevó al palacio después de recorrer una carretera de tierra, estrecha y solitaria que va bordeando el cerro de El Morro, dominios de Juan de El Morro. En la falda del cerro se levanta un altar sin santos, solo existen grutas adornadas con la bandera nacional. Allí don Guadalupe, quien practica el espiritismo para curar males y mejorar la suerte de sus hermanos, nos ensalmó a Tomás Villegas y a mí antes de buscar la comunicación con Juan de El Morro. La experiencia fue un encuentro espiritual. Durante el recorrido de regreso al poblado, recogimos su testimonio.

### **GUADALUPE VÁSQUEZ**

Existe un dueño para cada laguna..., para cada río. Toda corriente de agua tiene su dueño. De que existe, existe, y aquí en la represa Juan de El Morro es el apoderado. Mire, en ese cerro de El Morro nunca ha vivido nadie, nadie ha hecho casa ahí porque lo respetan. La gente sabe que con él no se debe meter porque le va mal. Hay una historia de un muchacho de Acarigua que amaneció bebiendo allá y como a las siete de la mañana le dieron ganas de venirse con un amigo a pescar para acá, para la represa. Eso fue en la Isla de Piedra. Ese pobre muchacho parecía llamado a morir aquí, algo increíble. El amigo ya había sacado pescado bastante, y estando ya en la orilla, el muchacho agarró la tripa y se lanzó de nuevo al agua diciendo: Voy a darle la mano a Juan de El Morro, y allí mismo se ahogó, en la orillita, como a cinco metros, y ninguno de los presentes pudo hacer nada. El muchacho se perdió y dicen que los buzos lo encontraron en el fondo de la represa, en una carretera, pero que no lo pudieron sacar porque estaba agachado y con los ojos abiertos, metido dentro de un rollo de culebra muy grande. Toda la comunidad cree que ese muchacho se jugó con él y no le ofreció la «pella» de chimó ni tampoco echó el trago de aguardiente al embalse en pago de la buena pesca que le dio.

Una particularidad digna de mencionar es que dentro de la represa existen carreteras, incluyendo la carretera vieja vía Caracas, puentes, cementerios, caseríos, incluso hasta hace poco se podían ver en época de verano las cercas y «peines» de las fincas que quedaron ahogadas debajo de la represa. Asimismo hay diferentes tipos de vegetación, y es asombroso ver a veces baquianos del sector caminar dentro del agua, para sorpresa de los visitantes que desconocen la existencia de esos caminos y carreteras.

Otra cuestión que debo referirles y que también ocurrió aquí en la década de los años cincuenta, fue el compromiso que hizo el general Marcos Pérez Jiménez con Juan de El Morro para que este dejara de hacer tantos estragos con la gente que venía a trabajar en la construcción de la represa y permitiera que el trabajo se realizara sin obstáculos.

Cuentan que ese pacto se realizó en la montaña de Sorte, dominio de María Lionza, y que el hermano Pedro Soterano estuvo presente. Allí se llegó a un convenio entre las partes y, según dicen, Juan de El Morro pidió, a cambio de la donación de su propiedad para la construcción de la represa, que le dieran el poder para durante cuarenta años recoger todas las almas de los seres que murieran entre Apartaderos y Acarigua, para hacerlos sus súbditos y nutrir sus dominios. El pacto fue aceptado y en el año 1995, supuestamente, se cumplieron los cuarenta años acordados para dar por concluido el negocio. Se debe recordar que en esa carretera vieja Caracas–Acarigua perdieron la vida centenares de personas.